

el arte de ser normal



lisa williamson

CROSS
BOOKS

lisa williamson
el arte de ser normal



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2016
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Art of Being Normal*
© de la traducción, Silvia Cuevas Morales, 2015
© del texto: Lisa Williamson, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2016
ISBN: 978-84-08-14912-5
Depósito legal: B. 26.513-2015
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Una tarde en clase, cuando tenía ocho años, nos pidieron que escribiéramos sobre lo que queríamos ser cuando fuésemos mayores. La señorita Box se paseó por la sala y nos pidió a cada uno que nos levantáramos y compartiésemos lo que habíamos escrito. Zachary Olsen quería jugar en la Primera División de fútbol. Lexi Taylor quería ser actriz. Harry Beaumont tenía planes de ser primer ministro. Simon Allen tenía tantas ganas de ser Harry Potter que el anterior trimestre se había dibujado un rayo en la frente con un par de tijeras de manualidades.

Pero yo no quería ser ninguna de estas cosas.

Esto es lo que escribí:

Yo quiero ser una niña.

Los invitados a mi fiesta están cantando el *Cumpleaños feliz*. No suena muy bien.

Mi hermana pequeña, Livvy, apenas canta. Con solo once años ya ha decidido que las fiestas de cumpleaños familiares son trágicamente vergonzosas, y deja que mamá y papá continúen con el resto de la canción. La aguda voz soprano de mamá choca con el desafinado bajo de papá. Suena tan mal que *Phil*, nuestro perro, sale de su cesta y se escabulle a mitad de la actuación algo asqueado. No lo culpo; todo es algo deprimente. Hasta los globos azules que mi padre ha estado hinchando toda la mañana se ven pálidos y tristes, especialmente los que tienen escrito con rotulador negro: «¡Hoy catorce años!». Ni siquiera estoy seguro de que todo este espectáculo que se está desarrollando delante de mí pueda clasificarse como una fiesta.

—¡Pide un deseo! —me dice mi madre.

Tiene la tarta inclinada para que no me dé cuenta de que está algo torcida. Pone «¡Feliz cumpleaños David!» en

letras de glaseado rojo como la sangre. El «años» de «cumpleaños» está muy apretujado; seguramente se quedó sin espacio. Catorce velitas azules forman un círculo alrededor del borde de la tarta y gotean cera encima de la cobertura de crema.

—¡Date prisa! —me dice Livvy.

Pero no dejaré que me den prisa. Quiero hacer esta parte como toca. Me inclino hacia delante, me coloco el pelo detrás de las orejas y cierro los ojos. Intento bloquear los chillidos de Livvy y las lisonjas de mi madre e ignorar a papá, que no deja de trastear con los ajustes de la cámara, y de repente todos los sonidos parecen amortiguados y lejanos, como cuando sumerges la cabeza debajo del agua en la bañera.

Espero unos segundos antes de abrir los ojos y soplar todas las velas de un tirón. Todos aplauden. Mi padre abre un lanzador de confeti manual, pero ni siquiera se dispara, y cuando saca otro del paquete, mamá ha abierto las cortinas y ha comenzado a quitar las velas de la tarta, y el momento ya ha pasado.

—¿Cuál ha sido tu deseo? ¡Me apuesto lo que quieras a que ha sido algo estúpido! —exclama Livvy de manera acusadora, enroscándose uno de sus rizos castaños con el dedo corazón.

—No te lo puede decir, tontita, o no se cumplirá —dice mamá, llevándose la tarta a la cocina para cortarla.

—Sí —corroboro yo, sacándole la lengua a Livvy.

Ella enseguida me saca la lengua a mí.

—¿Dónde están tus *dos* amigos? —me pregunta, poniendo énfasis en la palabra «dos».

—Ya te lo he dicho: Felix está en Florida y Essie en el balneario Leamington.

—Qué lástima —dice Livvy con cero simpatía—. Papá, ¿cuánta gente vino cuando celebré mis once años?

—Cuarenta y cinco. Todos con patines. Una absoluta carnicería —balbucea papá con tono serio, a la vez que saca la tarjeta de memoria de la cámara y la introduce en la ranura de su portátil.

En la primera foto que aparece en la pantalla salgo yo, sentado a la cabecera de la mesa con una chapa enorme que dice «Cumpleañero» y un gorro puntiagudo de cartulina. Tengo los ojos semicerrados y la frente me brilla.

—Papá —gimo—. ¿Tienes que hacer eso ahora?

—Solo corrijo los ojos rojos antes de enviárselas por correo electrónico a tu abuela —dice, haciendo clic con el ratón—. Está destrozada por no haber podido venir.

Eso no es verdad. La abuela juega al bridge todos los miércoles por la tarde y no se lo pierde por nadie, y menos por el nieto que menos le gusta. Livvy es su favorita. Pero bien pensado, Livvy es la favorita de todos. Mi madre también había invitado a la tía Jane y al tío Trevor, y a mis primos Keira y Alfie. Pero esta mañana Alfie despertó con unas manchas raras por todo el pecho que podrían ser de varicela, así que tuvieron que disculparse, dejándonos a los cuatro solos para la «celebración».

Mamá regresa al salón con la tarta cortada en porciones, y la pone sobre la mesa.

—Mirad todas estas sobras —dice, frunciendo el ceño mientras inspecciona los montones de comida que hemos picoteado—. Vamos a tener suficientes hojaldres de sal-

chicha y pasteles hasta Navidad. Solo espero tener suficiente film transparente para envolverlo todo.

Genial. Una nevera llena de comida para recordarme lo increíblemente impopular que soy.

Tras la tarta y la acción intensiva de envolver todo en papel film, vienen los regalos.

De mamá y papá recibo una nueva mochila para el instituto, el set de DVD de la serie completa de «Gossip Girl» y un cheque regalo de 130 euros. Livvy me regala una caja de bombones Cadbury y una funda de color rojo brillante para mi iPhone.

Luego todos nos sentamos en el sofá a ver una película llamada *Ponte en mi lugar*. Trata de una madre y una hija que comen una galleta de la fortuna encantada y, entonces, intercambian sus cuerpos durante un día. Por supuesto que todo el mundo aprende una valiosa lección antes del inevitable final feliz, y por centésima vez este verano lamento mi incapacidad vital para seguir el argumento de una simpática película para adolescentes. Papá se queda dormido hacia la mitad de la película y se pone a roncar con ganas.

Esa noche no puedo dormir. Estoy despierto tanto tiempo que mis ojos se acostumbran a la oscuridad y puedo distinguir los bordes de los pósteres en las paredes y la pequeña sombra de un mosquito volando de aquí para allá por el techo.

Tengo catorce años y se me está acabando el tiempo.

Es el último viernes de las vacaciones de verano. El lunes vuelvo al colegio. He tenido catorce años durante exactamente nueve días.

Estoy acostado en el sofá con las cortinas cerradas. Mamá y papá están en el trabajo. Livvy está en casa de su mejor amiga, Cressy. Estoy viendo un episodio repetido de «America's Next Top Model» mientras un paquete de galletas de chocolate hace equilibrios sobre mi barriga. Tyra Banks acaba de decirle a Ashley que no será la próxima *top model* de América. Ashley llora a lágrima viva y todas las demás chicas la abrazan, aunque han pasado todo el capítulo hablando de lo mucho que odiaban a Ashley y que querían que abandonara el programa. La casa de «America's Next Top Model» es de lo más cruel.

Las lágrimas de Ashley son interrumpidas por el sonido de una llave en la puerta de entrada. Me siento y con mucho cuidado pongo el paquete de galletas en la mesita de centro que hay a mi lado.

—David, ya he llegado —grita mamá.

Ha regresado temprano de su reunión.

Frunzo el ceño mientras oigo cómo se quita los zapatos y tira las llaves con gran estruendo en el platillo que hay cerca de la puerta. Rápidamente cojo la manta de ganchillo que tengo a los pies, la subo para taparme el cuerpo y me la meto debajo de la barbilla, poniéndome en posición justo antes de que mamá entre en el salón.

Ella pone mala cara de inmediato.

—¿Qué? —pregunto, mientras me limpio las migas de galletas de la boca.

—A lo mejor te gustaría abrir las cortinas, David —me sugiere con las manos en las caderas.

—Pero entonces no podré ver bien la pantalla.

Ella me ignora y se dirige directamente hacia la ventana y abre las cortinas. La luz del sol de última hora de la tarde inunda la habitación y hace que el aire se vea polvoriento. Yo me retuerzo en el sofá y me protejo los ojos.

—Por Dios, David —dice mamá—. No eres un vampiro.

—Puede que lo sea —murmuro entre dientes.

Ella chasquea la lengua.

—Mira —me dice haciendo gestos hacia la ventana—. Hace un día precioso. ¿De verdad me estás diciendo que prefieres quedarte tirado en el sofá en la oscuridad?

—Así es.

Entrecierra los ojos antes de sentarse a mis pies en el sofá.

—No me sorprende que estés tan pálido —comenta pasando el dedo por un lado de mi pie desnudo. Le doy una patada.